

Reina Mala

Patricia Suárez



PLAN NACIONAL DE LECTURAS

Coordinación: Natalia Porta López

Edición: Teresita Valdetaro

Diseño y diagramación: Elizabeth Sánchez

Ilustraciones: Ivana Calamita

“Reina Mala”.

© Patricia Suárez

Ministerio de Educación de la Nación

Plan nacional de lecturas

Pizzurno 935 (C1020ACA) Ciudad de Buenos Aires

plannacional.lecturas@educacion.gob.ar

República Argentina, octubre de 2021



Texto publicado por el Plan Nacional de Lectura en el marco de la colección “Escritores en escuelas”, 2009



REINA MALA

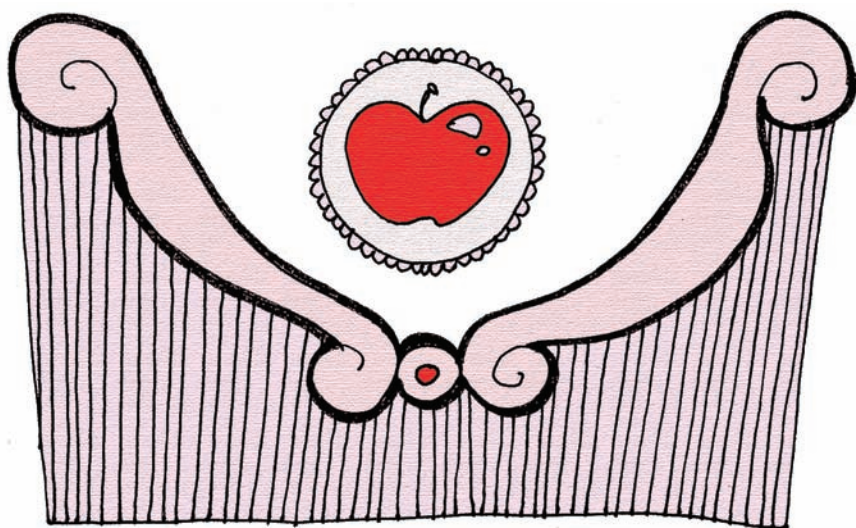
PATRICIA SUÁREZ

La Reina Mala del cuento de Blancanieves se sentó frente a su Espejito. Se trataba del espejo de siempre, el mágico, aquel que le decía verdaderamente quién era la más bella del país. Tenía un alcance de mil leguas a la redonda.

Justo en ese instante el espejo estaba dormido, pero como la reina acababa de ponerse crema de tortugas sobre las arrugas –lo cual la hacía temporariamente más joven– lo despertó de un sacudón.

–Ay –chilló el espejo.

–Vamos, vamos, eh. ¿Qué es esto? ¿Acaso estoy acá para mantener haraganes? Despiértate. Quiero saber cuán bella estoy hoy.



–Por favor, mi reina, trátame con más cuidado, que si no le traeré siete años de desgracia.

–¡Encima que dormís a pata ancha todo el día, te hacés el rebelde! Quiero que te quede algo bien claro: a mí me llegás a traer siquiera dos minutos de desgracia y te hago de añicos. Añicos, ¿sabés lo que quiere decir?

–Sí, sí, reina mía. Sin hache. Con eñe. Pedacitos de vidrio minúsculos quiere decir.

–Me gusta que seas culto, querido. Me gusta que consultes el diccionario, mi sol. Bueno, empecemos de nuevo. Con el pie derecho.

–Sí, sí, reina mía.

La reina carraspeó y puso su voz suave y finita para hablar.

Dijo:

–Espejito, espejito, ¿quién es más linda que yo?

–No, no quiero. No quiero.

–¿Qué? ¿Cómo que no querés? Tu función es responder a mis preguntas: Espejito, espejito... Dale. Hablá inmediatamente.

El espejo susurró bajito:

–Blancanieves.

–¿Quién? ¿Quién?

El espejo dijo todavía más bajito:

–Blancanieves.

La reina chilló de rabia:

–¡Ah, estoy harta! Hace dos años que estamos en esto y mi paciencia llegó al límite. Voy a repetirte la pregunta y quiero que me respondas con total claridad. En voz bien alta, modulando correctamente las palabras... Bien. Espejito, espejito, ¿quién es más linda que yo?

–Blancanieves, mi reina.

–¡Pero será posible! ¡Si ya no está más! ¡Blancanieves se durmió y después se murió! ¡La enterraron los enanos!

–Bueno, no. No está bien informada, mi reina.

–¡No estoy bien informada, eh!

–No. Pasó que la fue a visitar el Príncipe Azul.

–¿Quién?

–Era un muchacho... se había perdido en el bosque y resulta que justo, justo se topó con el ataúd de cristal donde los enanos tenían a Blancanieves, que, como usted recordará bien, no estaba muerta sino dormida...

–¿Qué Príncipe Azul?

–Uno flaquito, con el pelo todo con rulos, que juega a la pelota en...

–¡No, si tenía que ser ese infeliz! ¿Y adónde viven?

–En el bosque de abedul,... donde siempre, mi reina.

–¿Y eso por dónde es?

–Cerca de las minas de oro donde trabajan los enanos.

–Ah, ¡pero si es lejísimo! ¡Esos enanos me tienen harta además! Yo no voy a ir otra vez disfrazada de anciana, haciéndome la



vendedora de manzanas...

–Lleve una naranja esta vez. Con el somnífero pero del fuerte, así Blancanieves otra vez... ¡pum! A roncar. Como la Bella Durmiente.

–No, no y no. Yo no hago el ridículo otra vez. No, te estoy diciendo. Cuando digo que no es no. Es que no sabes todo lo que me pasó en el camino la otra vez. Como los pícaros niños me veían tan vieja y achacosa, me robaban manzanas envenenadas de la canasta...

¡Envenené a medio Reino! Al carretero, a los ladrones del monte, a un pájaro carpintero que se hizo el gracioso y me picoteó la fruta... ¡Todos esos esfuerzos para que me digas que fue ese tarado del Príncipe Azul y la despertó con un beso! ¡Con un beso, si es de no creer! ¿Qué necesidad tiene él de andar besuqueándose con cuanta doncella dormida encuentra en el camino? ¿No basta con comprarles un reloj despertador?

–¿Por qué no transforma los zapallos en carroza y va en carroza hasta el bosque de los enanos? Así no se lastima los pies, mi reina.

–Los zapallos se inundaron con la lluvia de abril, Espejo.



–Las calabazas, entonces. Convierta a las calabazas en sulkys.

–¡Las exportamos al reino de al lado a las calabazas! ¡El nuestro es un reino pobre y nos vemos en la necesidad de exportar! –La Reina Mala se desplomó en su trono de mimbre, llena de amargura. –¡Te estoy diciendo que no volveré! ¡No!

–Blancanieves me ofreció que trabaje para ella.

–¿Cómo?

–Sí. De lunes a viernes de 9 a 5 y sábado inglés. Vacaciones quince días al año.

–No comprendo.

–Me va a pagar mejor sueldo.

–¿Cómo que te pagará mejor sueldo? ¿Quién?

–Blancanieves. Mejor sueldo es dos monedas de oro más por mes y abrillantador de metales los días viernes.

–¿De qué cuernos estás hablando, Espejito?

–Me voy a vivir con Blancanieves.

–¿Te vas? ¿Te vas al Palacio de esa princesucha de morondanga? De modo, entonces, que me abandonas.

–Disculpe, mi reina. Pero yo acá vivo en el terror. Con sus ataques de furia y su manía de las frutas venenosas...

–Muy bien.

–¿Está enojada, mi reina?

–No, no, me parece bien que te vayas con Blancanieves –respondió la Reina apretando los dientes. –Yo estoy a favor del libre mercado. Ahí está el paño de limpieza que te pertenece y el jabón de lavado del azogue, puedes llevártelo, a ver si ella te friega mejor que yo...

–No se crea que lo hago por gusto. También me ofreció trabajo

Cenicienta. Y Cenicienta friega mejor. Me dijo: “Si venís conmigo te voy a tener siempre brillante como un espejo”. Pero le contesté: “Yo soy un espejo”. Pobre Cenya, a veces confunde las cosas. Como la madrastra siempre le daba de coscorrónes en la cabeza, ella quedó media turulata... Pasa que a las princesas les pasa el tiempo, ¿no? La cirugía plástica no alcanza a detener el paso de los años, es lo que siempre yo digo. Yo no sé si usted se acuerda de la hermanastra de Cenya, la gordita... Ella lleva dos broches de la ropa en la cara. Sí, justo donde empiezan las orejas: se los pone ahí para que le mantengan la piel del rostro estirada. Una locura, ¿no le parece, mi reina? ¿Quieren ser siempre jóvenes, no crecer nunca?, les digo. Bueno, váyanse a vivir con Peter Pan. Pero Peter Pan es un insoportable, lo dicen todas. Además, sufrir los celos de Campanita... Una vez, Rapunzel, la princesa diminuta, la quiso aplastar con el matamoscas, de tanto que la sacó de quicio..., pero no pudo. Las princesas tienen todas muy mal carácter. La única de todas ellas que es pacífica y generosa es Blancanieves. “Blanca”, le digo yo siempre, “no hay como vos, chica”.

–Claro, claro... –musitó la reina tragando bilis. –Es mejor que no llegues tarde, Espejito.

–No, no. Gracias mi reina. Gracias.

–Ven, querido –dijo y lo tomó del marco. –Contempla desde nuestra ventana el paisaje del reino entero.

El espejito miró desde la ventana todo el palacio. Las casitas, los tulipanes del jardín, los árboles de la plaza, en cuyos troncos había un afiche con la cara de Blancanieves que decía: “Buscada viva o muerta: se ofrece recompensa”.

–¿Es lindo nuestro reino, no?

–Sí, reina.

–¿Te gusta?

–Sí, mi reina.

–Ahora lo vas a ver más de cerca. Acercate, espejito, así. Un poco más. Eso. –En un solo instante, la reina lo tiró por la ventana como si fuera un búmerang de esos de jugar en la playa. –¡Ahí tienes! ¡Traidor! –gritó.

El espejo voló y voló y cayó en un charco lejano, sin quebrarse ni hacerse añicos, por suerte, porque era lo que él más temía en la vida. Fue a parar a un charco adonde pasaron a molestarlo las ranas a cada rato preguntándole si le gustaban la



flacura de sus patas y los hoyuelos de sus rodillas.

–Sí, sí –rezongaba el espejito cansado–, son lindas patitas: ¡pero fritas con ajillo serían más lindas todavía, cargosas!

Después que la reina vio desaparecer el espejo allá lejos, suspiró:
–No, si al final la mala del cuento soy siempre yo... ¡Qué vida! En fin... ¿Dónde es que metí la capucha, el bastón, la nariz con verrugas? Ay, siempre dejo todo tirado... Ah, ah. –La reina se disfrazó de anciana– Bueno, ahí vamos otra vez a venderle a esta tonta de Blancanieves las benditas manzanas..., qué paciencia hay que tener por la belleza...





Patricia Suárez

Nació en Rosario. Es dramaturga, narradora y escritora de libros para niños. En 1997 recibió el Premio Monte Ávila por su libro *Historia de Pollito Belleza*. Ha publicado: *Habla el Lobo*, *Habla la Madrastra*, *El rey Anatol*, *Boris Orbis y la vieja de la calle*, *El príncipe Durazno*, *La verdad sobre Pinocho*, *Anita Belén se convierte en actriz*, *El regalo de Samanta*, *Guiso de brujas* y *Cien cuentos*, entre otros títulos. Este cuento se publicó por primera vez en la revista *Billiken*.

Leer es tu derecho

El **Plan nacional de lecturas** es la iniciativa del Ministerio de Educación de la Nación para garantizar a todos y todas su derecho a leer.

Porque leer abre mundos, el Plan distribuye libros y lecturas digitales en escuelas, bibliotecas escolares y en espacios alternativos.

Con actividades en el espacio público, convida literatura a las familias y ayuda a construir entornos sociales amigables hacia los libros y la lectura.

Ofrece formación a docentes, responsables de bibliotecas y a otros mediadores para armar una red de comunidades lectoras.

Ejemplar de distribución gratuita